

Dos
Minutos en
tu vida

José Ibáñez



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

© EDITORIAL C & M®

© JOSÉ IBÁÑEZ

© Diseño de portada: Yolanda de Círez

EDITA: EDITORIAL C & M

Edificio CREA Sevilla

Avda José Galán Merino, s/n

Módulo, 17

41015 Sevilla

Teléfono: 954.488.871

e-mail: info@editorialcm.es

www.editorialcm.es

ISBN: 978-84-936951-3-2

Depósito legal:

1ª Edición

Sevilla, Abril 2009

*A mamá y papá, dos minutos en mi vida.
A Alberto y David, dos minutos en mi sangre.*

Pero me despierto siempre
y siempre quiero estar muerto
para seguir con mi boca
enredada en sus cabellos.

Ramón Sampedro. *Los ensueños. Cartas desde el infierno*

PRÓLOGO

En un mundo cada vez más globalizado y efímero donde todo se consigue previo pago la literatura puede que sea nuestro único bote salvavidas. Cada libro, una botella lanzada al mar, con la pretensión de arribar a buen puerto. El último mensaje en llegarnos es esta novela, *Dos minutos en tu vida*, cargada de sorpresas y alteraciones en el tiempo. Una búsqueda que nunca termina, donde el realismo mágico, salpicado por las nuevas formas de comunicación, nos traslada a la mente de una joven que no tiene nombre pero sí recuerdos. Una novela donde la acción viene marcada por los sueños de su protagonista y donde, al estilo de García Márquez, hasta los ahogados son hermosos.

He tardado mucho tiempo en escribir este prólogo porque quería que fuera sincero, porque un amigo no publica todos los días y porque la palabra, al fin y al cabo, es lo único que nos trascenderá.

Razones para escribir hay muchas aunque quizá nunca lleguemos a descubrir cuál es la nuestra. Pero eso no importa. A estas alturas ya sabemos que las respuestas no nos esperan al final del viaje, no son absolutas, no nos sirven. Si acaso nos dejan satisfechos un día, a lo sumo dos, luego otra pregunta nueva (que es la misma de siempre) nos asalta de nuevo desde otra perspectiva. Pero, como le sucede al protagonista de *Lugares Comunes*, escribimos en plena oscuridad, luchando contra un asesino difuso. El mismo asesino que hoy me espía mientras escribo estas líneas.

En esta sociedad suicida y homicida, suceden, sin embargo, cosas que merece la pena contar, cuando contar no es más que compartir. Entre esas cosas están las casualidades. De todo tipo. Gracias a ellas me tropecé con José Ibáñez. Un sevillano que un día pisó La Caleta y se hizo gaditano, que regala versos cuando ya nadie regala nada y que siempre sabe cómo salir ileso de las mil aventuras que le brinda la vida. Siempre

camina con hambre de excesos y sonrisas, como el pájaro furioso de la tempestad tranquila, amarrado a los versos de un viejo Neruda.

Como en esta novela, nosotros también nos conocimos en un autobús, blindados tras nuestras carpetas de estudiantes. Puede que entonces no nos diéramos cuenta, pero estábamos embarcándonos en un viaje sin billete de vuelta desde el que hoy, cinco años después, escribo. Me encuentro en mitad de un folio en blanco en el que, con suerte, voy atrapando sombras.

Escribir para alguien que ama la literatura no es fácil y encontrar la metáfora perfecta que encierre lo que somos, aún menos. Por eso avanzo descalza en mitad de la arena. En mitad de la arena que trae el mar de Cádiz, que empuja los cuerpos lacerados por el calor y el tiempo, que amansa las piedras de las orillas y las deja reposar tranquilas en una espesa capa de arena blanda.

José y yo hemos pisado esa arena y nos hemos perdido en esa playa. Desde entonces él es alguien a quien volver, cuando volver tiene nombre de tango. Hemos sido confidentes, compañeros, periodistas en prácticas y también disidentes, amigos de todas las canciones que llevan por autor a Sabina y portadores de historias que nunca acaban.

Dos minutos en tu vida es un recorrido por la geografía humana de una joven que se perdió en una batalla y que ya no recuerda quién es. Alguien que caminaba despacito y que un día, sin darse cuenta, torció el pie en el camino. Se desvió sólo un poco, apenas unos pasos. Suficiente para sentirse vulnerable. Suficiente para utilizar los sueños como herramienta de viaje. Nuestra cultura está hecha de sueños y de teorías sobre ellos, todos conocemos el famoso dicho «soñar es gratis» o «de sueños no vive el hombre». Todos recordamos el famoso discurso de Martin Luther King, «He tenido un sueño» en contra de las leyes de segregación racial en Estados Unidos. Sueños que como diría, Calderón, sueños son. Pero, ¿qué sucede cuando los sueños pasan de ser objetos a sujetos? ¿Qué sucede

cuando se utilizan como mecanismo de defensa? Entonces hay que recordar a Shakespeare, que ya dijo aquello de que «todos estamos hechos de la misma materia que los sueños». Sucede entonces que los caminos se deshacen ante nuestros propios ojos y todo lo inunda una ceguera total. Una ceguera que es síntoma de lucidez. ¿Estamos, sin embargo, preparados para ella?

Dos minutos en tu vida nos acerca a este interrogante. Nos abandona a las puertas del laberinto del Minotauro y nos deja con una sensación de vacío que sólo puede entender la mariposa errante y silenciosa de Neruda. Volvemos entonces al principio. ¿Por qué escribir? ¿Por qué escribir si como dijo, Truman Capote, «al principio fue divertido, pero dejó de serlo cuando averigüé la diferencia entre escribir bien y mal?»

Quizá, porque escribir sea entonces una forma de corregir la vida. Por eso tendría que agradecerle a José Ibáñez, que lance esta nueva botella al mar y nos convierta en cómplices de un mundo que era sólo suyo y que sin embargo, ahora, está condensado en hojas de papel que acariciamos con la yema de nuestros dedos. ¿Será, entonces, como acariciarle a él?

Begoña Quinteiro

UNO

Dos minutos en tu vida, día tras día, desde que subes al autobús y lo ves hasta que él se baja en la siguiente parada, dos minutos en tu vida, día tras día, una sensación nueva revuelve tu estómago y te hace sonreír por dentro. No sabes su nombre, no sabes de dónde viene ni adónde va, no conoces nada de él salvo su físico. Su edad tienes que imaginarla. Está claro que supera la veintena, demasiado mayor para ti que vas a cumplir quince años. Tiene los ojos más azules del mundo, pero no le gusta sentirse observado. Al contrario, a veces cruza su mirada con la tuya y enseguida la elude avergonzado. Es guapo, pero no parece un galán de cine y eso te gusta porque le convierte en una persona sencilla.

Mientras le miras como si fuese la última vez que fueras a verle en tu vida, como si adivinases que algo va a pasar para que mañana no vuelvas a encontrártelo a la misma hora en el autobús ni tampoco al día siguiente y así hasta el último día de tu vida, mientras le miras con intensidad tratando de decirle que le amas, pasan los dos minutos que separan tu entrada en el autobús de su salida del mismo. Entonces le observas alejarse con la misma alucinación con que le ves al subirte al autobús de las 7.30, camino del instituto, pero ya no con la misma alegría, sino con la tristeza de no haberte atrevido a confesarle tus sentimientos ni que él te haya preguntado, tampoco hoy, por qué le miras con una ansiedad irracional y desmedida.

Lo único que esperas de él es un gesto que te haga saber que reconoce tu existencia. A veces piensas que ni siquiera sabe que estás en el mundo, a veces tienes la mala sensación de que a pesar de verte todos los días, pasas desapercibida ante sus ojos. Tal vez haya algo en ti que le impida verte. Eso piensas hasta que tu estado de enamoramiento se muestra benévolo y te hace ser compasiva contigo misma haciéndote creer que, al igual que tú, él siente algo tan profundo que no sabe cómo expresarlo.

Desde que comenzara el curso hace ahora dos meses, te encuentras con él día tras día de lunes a viernes en el autobús de las 7.30. Llevas dos meses subiendo al mismo autobús para ir a tu nuevo instituto. Ya estás adaptada. Ya no te acuerdas de tus antiguas compañeras de clase. Tu madre cree que tus nuevas amigas ejercen en ti una influencia positiva. Tu madre no sabe que un veinteañero que viaja a ninguna parte tiene la culpa de tu felicidad. Tú sabes que te montas en ese autobús y vas a un instituto nuevo para huir de alguien. Tú sabes que no huyes de tus antiguas compañeras. Tu madre también lo sabe, pero no quiere reconocerlo. Tu madre y tú sabéis de quién estás huyendo.

Tu vida es distinta desde el primer encuentro con tu amor de autobús hace ahora dos meses. Estás segura de que cualquier día en dos minutos puede llegar el amor de tu vida, el primero, quizás no el único. Te ves diariamente con él, ya de noche en tu cama tapada hasta la nariz por las sábanas con los ojos cerrados, pero aún despierta. Ves cómo te coge la mano y te invita a bajaros juntos en su parada. Después de eso no se te ocurre pensar nada más, no sabes muy bien qué harías con él llegado ese momento.

El lunes pasa, ya es martes y te consuelas, mientras esperas que llegue el autobús, pensando que quizás él no te dirá nada hoy ni tú tampoco le confesarás tus sentimientos, pero que aún quedará la mitad de la semana por delante para seguir soñando con que él te declara que también te ama en silencio. La mayor parte del tiempo te conformas con seguir soñando.

Como sospechabas, hoy no ocurre nada que no haya pasado a diario los dos meses anteriores. La misma historia de siempre. Subes al autobús, saludas al conductor, canjeas el bonobús, miras y le ves sentado en el mismo sitio; cercano al centro exacto del autobús, pegado a la ventana en la que reza el lema «Salida de socorro». Esas palabras te hacen gracia porque piensas que algún día el autobús sufrirá un accidente y se despertará en ti la heroína que llevas dentro para salvarle la vida a tu enamorado cogiéndolo en brazos y sacándolo por la salida de socorro.

Inmiscuida en tu sueño imposible, vuelves a la realidad de repente. Tu amor, que no será rescatado por ti, se levanta de su asiento y pulsa el botón de stop más cercano. Inmediatamente te sientes desvanecer y miras con resignación hacia atrás para comprobar que, efectivamente, se enciende un piloto rojo iluminando las palabras «Parada solicitada». La vida sería más justa contigo si te concediese el poder de parar el reloj. Si se te otorgara el don de detener el tiempo, aprovecharías cualquier oportunidad para besar sus labios.

Vuelves a girar la cabeza y tu mirada nuevamente coincide con su figura. Él sabe que observas cada uno de sus gestos. Debe saberlo porque siempre te ve seguir el mismo ritual. Todo lo que haces en los dos minutos diarios que coincides con él es de cara a la galería. Todo lo haces para que él te vea, para que sepa que estás en el mundo. Pero todos tus esfuerzos caen en saco roto. Él no se atreve o, desgraciadamente, no quiere decirte nada, ni un adiós que se le escape, como si pensara en voz alta. Aunque no fuese dirigido a ti. Aunque no fuese más que un gesto educado hacia los pasajeros que permanecen en el autobús.

Darías lo que fuese para que un día el semáforo cambiara a rojo antes de que el autobús lo cruzase. Dos minutos no son suficientes para dejar a un lado la vergüenza y encontrar algo inteligente que decir. En cambio, con cuatro minutos... con cuatro minutos tendrías tiempo de sobra para acercarte a él, coger su mano y anotar tu número de teléfono en su palma sin que lograrse salir de su asombro antes de verse obligado a bajar del autobús sin turno de réplica. Todo en ti es sueño. Sin embargo, el semáforo nunca se torna rojo antes de que el autobús lo cruce. Desde hace dos meses, la ciudad es una maquinaria relojera de precisión en la que, día tras día, todo ocurre a la misma hora. Tu vida parece dirigida por unos hilos que no sabes quién maneja.

Hoy es miércoles; es el tercer día de la semana y el tercero que vas a verle durante dos minutos. El autobús llega, subes ner-

viosa, picas el bonobús y te acercas a a su asiento, siempre el mismo. No te sientas junto a él, pero desde tu asiento puedes ver su cabeza. Si pudieras verle la cara sabrías que ahora está sonriendo. Tienes pocos trazos en tu mente sobre su personalidad, pero crees que es amable y humilde. Eso es lo que quieres; enamorarte de alguien bueno. Si es bondadoso siempre tendrá un detalle con el que sorprenderte. Sólo quieres eso.

Mientras piensas en lo maravilloso que es tu amor secreto, pasan los dos minutos y le ves bajarse del autobús como de costumbre. Algo que no esperabas ocurre cuando el autobús emprende nuevamente su marcha. Desde tu asiento le ves girar la cabeza. No estás segura, pero crees que sonrío. La posibilidad de una sonrisa te hace pensar que hay algo en su interior que empieza a salir hacia fuera y estás expectante a que te haga saber de qué se trata. Hoy es el día previo al momento que esperabas, al menos tienes esa impresión y ansías no equivocarte.

Estás segura de lo que tienes que hacer. Mañana, si él te da alguna señal, no te quedarás quieta. Mañana vas a ir a por todas. Te levantarás con ganas de comerte el mundo y si puedes te lo comerás a él, ya no sólo con la mirada, sino también con las manos y los labios.

El jueves subes al autobús ligeramente maquillada y empapada en perfume. Hoy quieres que sea él quien pase dos minutos en su vida observándote con la desesperación del que cree que el mundo se va a terminar cuando se baje del autobús.

Tienes toda la ilusión que cabe en tu corazón puesta en este día. Piensas que has nacido para vivir esto. Crees que vas a empezar una vida nueva. Pero no estás preparada para lo que va a pasar. Subes al autobús y toda tu esperanza se desvanece. Le buscas con la mirada y no está sentado junto a la ventana que dice «Salida de socorro». Registas el autobús y no consigues verle por ningún sitio. Por primera vez en más de dos meses no ves a tu Romeo en el autobús de las 7.30. Ahora piensas aterrada que la mirada de ayer, quizás acompañada de una sonrisa, era una despedida. Por algún motivo que desconoces

tenía que abandonar la ciudad. Piensas que nunca volverá a subirse en ese trasto rojo, ahora lo llamas trasto porque estás enfadada. Fue su forma de darte las gracias por fijarte en él. Sólo quiso ser educado contigo. Ya no te quedan dudas sobre su bondad, pero estás perdida. No quieres volver a subir en aquel trasto rojo, no te crees capaz de pasar dos minutos en tu vida, día tras día, sin tener un hombre al que clavarle los ojos con todo el amor del mundo. No entiendes tu vida sin él, aunque nunca has entrado en ella.

El viernes se convierte en el segundo día después de su desaparición. Al igual que los cristianos con la muerte de su mesías, cuentas el tiempo antes y después de la marcha de tu amor furtivo. Si fueses creyente y tuvieras fe ciega en tus creencias, esperarías que tu amor resucitase al tercer día, pero los sábados no tienes por qué coger el autobús, ni tampoco los domingos. De modo que pasarán cuatro días sin él hasta que llegue el lunes y subas esperanzada al trasto rojo con la dulce y trágica incógnita de no saber si ese día será el de vuestro reencontro. Si así es, no dejarás pasar la oportunidad, si vuelves a verle el lunes, le declararás tu amor sin reparo alguno. No caben más dilaciones en una relación que antes de nacer ha dado síntomas de desfallecimiento.

El lunes recobras la sonrisa. Él está sentando junto a la salida de socorro, callado como siempre, mirándote... sí, mirándote. No puedes dejar de clavar tus ojos en los suyos y él hace lo mismo. Vuestras miradas desnudan vuestros cuerpos, se vuelven violentas incluso. Hay una nota de obscenidad en vuestras pupilas. Observas que el asiento contiguo al suyo está libre. Vas dispuesta a sentarte, pero él te sorprende. Se levanta y se acerca a ti lentamente con una sonrisa. Llega hasta tus pies. Bajo tus zapatos sientes la puntera de sus botines rozando tu dedo gordo. Sonríes por dentro porque jamás habrías imaginado que el dedo gordo del pie pudiese estar por medio en vuestro primer acercamiento. Te mira con ternura. Parece fas-

cinado por tus ojos; es como si nunca hubiese visto el color verde. Sin decir nada y con enorme parsimonia camina a tu alrededor hasta colocarse junto a tu perfil izquierdo. De reojo ves que te está mirando la oreja. Intuyes que va a decir algo antes de bajarse del autobús. No tendrás que esperar mucho porque quedan tres segundos para que llegue a su destino.

Los tres segundos se hacen eternos bajo tu piel. Tu corazón suda lleno de amor, tus dedos se agarrotan, tu mente es invadida por pensamientos impuros; por primera vez te ves desnuda con él. En tres segundos tu cuerpo experimenta sensaciones que nunca antes había conocido y que llegan a desbordarte. Sólo tienes catorce años, él supera los veinte.

El conductor detiene el autobús, que ya para ti ha dejado de ser un trasto rojo. Ha llegado el momento, le toca hablar. Una vez más te sorprende rompiendo el guión. Sus palabras no tienen sonido, tu oído izquierdo se relaja, tu ritmo cardíaco se acelera. Tu amor callado deja su mensaje en tu mano escrito en un papel arrugado. Quieres leer la nota delante de él, entonces le escuchas hablar por primera vez. «*No hasta que llegues a tu casa*». Obedeces. No leerás la nota hasta llegar a tu casa, aunque queden ocho horas por delante. Su primer parlamento se transforma en una orden que cumples con devota sumisión. Estás acostumbrada a recibir mandatos de hombre.

Sin darte cuenta te conviertes en la más fiel creyente de un amor que a finales de la semana anterior parecía imposible. Nuevamente la ilusión crece en tu pecho y trae renovados bríos de felicidad en compañía de un desconocido viajero de autobús que escribe notas para que las leas en la más absoluta privacidad. Un desconocido que sabe más de ti de lo que puedas imaginar. No lo sabes todavía, pero te conocerás mejor a ti misma cuanto más sepas del anónimo viajero.